

La Puerta de la Luna

JOSE ANTONIO ABELLA

LEO en EL NORTE que va a ser reconstruida la Puerta de la Luna. Pocos nombres tan evocadores, tan repletos de nostalgia y ensueño, tan apropiados para designar un postigo donde la muralla se abría a una ciudad que, como dijo Luis Felipe Peñalosa contra lo que todos los historiadores del arte afirman, no es una ciudad románica, sino una ciudad romántica, con una N de nocturnidad y una T de transparencia en los recovecos de sus callejas, en las almenas de sus torres, en los atrios de esas viejas iglesias donde, todavía en la actualidad, los fantasmas conversan bajo la luna llena de las noches invernales.

¿Los fantasmas?, se preguntarán los escépticos, acaso concediéndome, en el ejercicio de su racionalidad, la licencia de suponer que me debo de estar refiriendo a lunáticos litroneros, buscavidas noctámbulos, u ocupantes de escaño en la Casa Consistorial.

No, lector descreído. Me refiero a fantasmas de verdad, a fantasmas de... (iba a decir de *carne y hueso* pero aún estoy a tiempo de rectificar) a fantasmas de fósforo y espíritu, de polvo e inmortalidad.

La Puerta de la Luna. Me contó mi amigo Paco Marfagón, o acaso soñé que me lo contaba, que los alquimistas medievales preparaban un filtro de amor que debía sedimentar bajo los rayos de la luna en cuarto creciente para adquirir sus portentosos efectos. Sutilmente instalado en la copa

del amado débil o perezoso, éste se transformaba en el más potente y diligente de los amantes. Pero ¡ay!, si por error —o malevolencia del alquimista— el filtro se dejaba sedimentar bajo los rayos del cuarto menguante, el amado, como la luna, comenzaba a languidecer en la misma proporción que sus atributos, los cuales, sobreviniendo el novilunio, llegaban incluso a tal grado de invisibilidad que más de un amante, viéndose en tan deplorable estado, hizo intención de arrojarlo desde lo más alto del Acueducto, donde (en honor a la verdad) solían deshacer su propósito gracias a la intervención de San Sebastián, que en tales ocasiones se asomaba desde su hornacina para mirar a esos pobres infelices y tocarlos con la flechas del martirio que atravesaban su pecho (y que los amantes, en su desesperación, solían confundir con los dardos de Cupido.)

En la rebotica de su farmacia intentó el bueno de Paco reinventar la receta de tales filtros de amor, él dice que sin éxito, aunque no son esas las noticias que han llegado a mis oídos, a las que será mejor no referirse para no herir susceptibilidades ni dañar la fama de algunas de nuestras más honradas y pletóricas matronas.

Pero no es de esto de lo que quería hablar, sino de la vieja historia de un fantasma que murió de amor cuando todavía, evidentemente, no era un fantasma. Resulta que su amada, huérfana de madre, vivía en un viejo

caserón, hoy destruido, con una ventana que daba precisamente a la calle de la Puerta de la Luna. Cada noche, amparado en la sombra de su arco, vigilaba el amante el temblor de los visillos y, a pesar de que la perseverancia nunca ha sido el mejor método de seducción, aprovechando cierta ausencia del padre, cedió la amada a entreabrir la puerta de su casa y la de su intimidad una noche de cuarto menguante. La cosa, sin duda bajo el influjo de la luna, no resultó como ambos esperaban; y fue mucho peor cuando, por una de esas imprevisibles minucias —una herradura perdida, un documento olvidado...— que interfieren en el curso de los astros, el padre hubo de regresar precipitadamente a su casa y el amante tuvo que optar entre destrozar la fama de su amada o destrozarse la crisma saltando por la ventana de los visillos temblorosos. Optó por lo segundo. Y con la crisma, se quebró las dos pier-

nas y el dedo meñique de la mano derecha. Tardó siete meses en morir: sus huesos fueron reconstruidos por un curandero de Navalmanzano pero su corazón (roto en añicos por la traición de su amada:

«Era un ladrón que vino a robar», dijo la muy taimada sin especificar cual era el objeto robado), su corazón, digo, no pudo ser reconstruido.

En una época como la nuestra, en la que la cirugía es capaz de recomponer pómulos, narices, senos e incluso corazones, no es de extrañar que la Puerta de la Luna se reconstruya. Acaso sea una fantasmada para los defensores del determinismo histórico. Pero más lo fue su innecesaria y estúpida

destrucción, prefacio de las injustificables destrucciones en cuya justificación se consume la mitad de la materia gris de nuestros grises representantes. Quieran los dioses que, con la reconstrucción de la Puerta de la Luna, no se consuma su otra mitad.

«En una época como la nuestra, en la que la cirugía es capaz de recomponer pómulos, narices, senos e incluso corazones, no es de extrañar que la Puerta de la Luna se reconstruya

”